

FR. GERUNDIO.

Si quis dixerit non urgere promptum atque efficacissimum remedium, nostras ante omnia discordias cortando, anathema sit.

Si alguno dijere que no es urgente, urgentísimo dejarnos ya de partidos y de simplezas para acudir pronta y fuertemente á los peligros que nos amenazan, le formo consejo de capillas y le saco al palo.

CONC. 2. GERUND.

EL CONFESONARIO.

Por mas que se quiera decir, y por mas que positiva y desgraciadamente haya cundido el cancer de la impiedad por nuestra España, nuestra

España es y será siempre esencialmente católica y religiosa. Los signos del cristianismo se encuentran no solo en los templos sino en los desiertos y caminos. No hay calzada vereda ni travesía en donde no se vea una Cruz ó un calvario entero. Es verdad que las mas de ellas suelen ser monumentos gloriosos de *milagros andaluces*, geroglíficos sagrados que enseñan al viajero que en aquel sitio fue despachado un hombre de una *mojada*, ó que la boca de una pistola le regaló un pasaporte para el otro mundo; en fin que allí se verificó un *milagro andaluz*. Pero al cabo siempre es un signo de nuestro Redentor. Hoy ya no se colocan cruces donde se han hecho milagros, porque esto se ha multiplicado tanto de un tiempo á esta parte en esta nacion proverbialmente católica, métrime desde que los ejércitos y partidas de D. Carlos andan por esas tierras de Dios defendiendo la fé y religion, que si en cada sitio que hacea un milagro se hubiera de plantar una cruz, ya no se podria atravesar un camino, porque nos enredaríamos en los brazos de ellas como se enredan las hastas de los ciervos en el ramaje de los bosques. Ahora debía hacerse al revés; debian colocarse las cruces en el sitio donde no hubiera sucedido alguno de estos milagros, con una inscripción que dijese: *milagro que aqui no ha sucedido ninguno; caminante, admirate, y haste cruces.* † †.

Respecto á confesionarios sucede lo mismo. No solo se hallan en las iglesias, sino que no hay

provincia, no hay territorio de consideracion donde no se encuentre algun confesonario público de transeuntes, ya en alguna hondonada, ya en algun recodo, ó bien entre matorrales y zarzales, ó bien en el hueco ó abertura de alguna peña, en donde el penitente que va de camino suele ser sorprendido con una absolucion que le abra las puertas de la eternidad sin darle lugar á que diga el *Confiteor Deo*.

Pues en un *confesonario* de esta especie, sito en el centro la provincia de Badajoz, se habian acomodado en este setiembre nueve confesores á caballo con el objeto de administrar el sacramento de la penitencia á los pecadores que fuesen regresando de la feria de Mérida. El Prior de aquella comunidad de ascéticos parece que era *el Rondeño*, una de las notabilidades facciosas de la Mancha, Toledo y Estremadura. Llegó pues allí una noche el conductor del correo de ésta capital, y como era de esperar, fué detenido por aquellos PP. confesores. No sé si llevaba los pecados metidos en las balijas, ó si estas sentian en sí mismas algun remordimiento de conciencia y quisieron aprovechar la ocasion, lo cierto es que mientras el conductor decia la confesion general, sustituyendo al *Yo pecador me confieso á Dios*, estas otras palabras: *Yo conductor me confieso al Rondeño*, se abrió uno de los sacos de la correspondencia, y como habia de salir pecados de la boca del penitente, empezaron á salir cartas de la boca del saco. Recibida la ab-

solucion, porque no eran pecados escritos sino pecados *acuñados* los que el Padre Rondeño buscaba, el conductor echó á andar sin advertir la abertura, ó sin acordarse de cerrar el saco; con el movimiento fueron cayendo y se fué haciendo por aquellos campos una sementera de cartas y periódicos que era una maravilla. Los pastores que jamás habían visto en aquellas tierras una simiente tan abultada y tan blanca, se acercaron llenos de sorpresa y curiosidad á ver qué género de semilla era aquel. Conocieron luego que erau cartas, pero como no sabían leer no se metieron con ellas. Mas ¡cuál fué su asombro cuando vieron que empezaban á hablar las cartas y los periódicos unos con otros! Escucharon con atención, y por la razon que ahora se conocerá vinieron despues á contárselo á Fr. Gerundio.

Parece pues, que tan luego como los secretos de los hombres se vieron confiados á las tierras, sucedió lo mismo que cuando el barbero del rey Midas no pudiendo guardar el secreto (que él solo sabia) de que el rey tenía orejas de asno, hizo un hoyo en la tierra y le depositó en él diciendo en voz muy bajita: *Midas tiene orejas de asno*. Tapó en seguida, y quedó tan satisfecho. Pero sucedió despues que aquella tierra produjo unas cañas que agitadas con el viento repetian en mas alto sonido: *el rey Midas tiene orejas de asno*. Pues del mismo modo decian las cartas y papeles: *Mendes Figo tiene la culpa, que deja al Rondeño an-*

dar por estos confesonarios: y si falta Narvaez de la Mancha y Toledo... buenas noches.

Y como se habian salido del saco con ánimo de confesarse y no lo habian verificado, empezaron á pedir á voces, *confesion, ¿no ha quedado por aquí algun padre que nos confiese?* A esto cuentan los pastores que oyeron otras voces que decian: aquí venimos una porcion de Fr. Gerundios que os confesaremos con la mejor voluntad. —¿Teneis la manga muy estrecha?—Así una cosa regularcilla.—Y dieron principio á la confesion.—Yo soy una carta de amores que vengo llena de mentiras y juramentos falsos: soy de un capitán que tiene dos queridas en Madrid y me hace decir á otra que dejó en su tierra, que primero se desquiciará el mundo que olvidarla un solo instante.—Yo voy pidiendo cien doblones prestados, y el que me escribió no tiene ánimo de volverlos.—Yo traigo una recomendacion muy fina para cierta persona, y por otro lado creo que viene otra carta diciendo que no haga caso de mí, porque me ha escrito solo por compromiso.—Así es la verdad que yo soy la que lo digo.—Yo no traigo mas que pecados veniales, porque soy carta puramente de familia.—Yo soy de un carlista que pasa en la corte por liberal; no me ha firmado; pero bajo el sigilo de confesion diré como se llama.—Yo soy de un diputado de la mayoría, y voy llamando á otro diputado instándole á que se presente con toda puntualidad para apoyar al ministerio, y le digo

que *no lo perderá*.—Yo voy invitando á un alcalde para que haga que el ayuntamiento represente á S. M. á imitación del de Madrid.—Igual comisión llevo yo para dos diputados provinciales.—Acúsome, padre, que llevo el sobre para hombre y soy para muger.—A mí me han puesto la fecha de ocho días atrasada para disimular la pereza, y que se eche la culpa á los correos.—El que me ha escrito á mí tiene á su cargo una pretensión, y me hace decir que envíen dinero para gratificar á los oficiales de la mesa, y es para guardarlo él en el púlpito mismo en que me ha escrito como ha echo ya otras veces.—Acúsome, Padre, que me escribió la señorita de casa á hurtadillas de la mamá, y témome que despues que habrán de hacerme añicos para abrirme, porque vengo asegurada con cinco obleas, no acierten á leerme, porque con la prisa y el susto con que fuí escrita no traigo letra que bien me quiera. Acúsome tambien que no llevo una coma siquiera por señal. En este mismo mandamiento tambien me acuso que un punto solo que me han puesto está entre dos palabras que debian ir juntas. Y que para ponerme en el correo fingió que enviaba la criada á ver cómo habia pasado la noche una amiga saya, y para que callara la conductora tuvo que regalarla un pañuelo á medio usar.—Los garrapatos que yo llevo, Padre mio.....

Al llegar aquí fueron interrumpidas las confesiones por una gritería tumultuosa, así como de-

gente que riñe acaloradamente. Entre la confusión de las voces se percibían aunque á medias algunas que decían: revolucionarios.... serviles.... anarquistas.... Granja.... hombres de diciembre... de agosto... sargento.... ministerio.... Morella.... progreso.... hambre.... despotismo.... boda.... carlistas... ejército.... perdición.—Un Fr. Gerundio que acababa de cebar la absolución á una carta acudió corriendo á ver qué era aquello, y se halló con que era un *Eco del Comercio*, que le habían caído dos *Mundos* sobre su alma, y estaba sacudiéndose de ellos. Como los *Mundos* estaban encima, se tenían firmes, pero cada mordilada que les pegaba el *Eco* les ponía como unos San Lázaros: ellos á su vez le hincaban el diente cuanto podían; de modo que daba lástima ver como se tiraban al degüello.—Estos hombres nos llevan á la ruina á pasos agigantados.—Los que nos llevaban eran los hombres de la Granja. Estos son los que nos han de salvar; y si estos no, ninguno.—¿Quién es capaz de sostener eso?—Nosotros.—Miente el bellaco, dijeron una porción de voces á un tiempo. Nosotros no defendemos semejantes hombres....—Los que así hablaban eran ejemplares del *Nosotros* que se llevaron de indignación al oír que se les tomaba en boca para defender los hombres de hoy.—Nosotros (prosiguieron) ni hemos defendido ni esperamos maldita cosa de provecho de semejantes mandrinas. Si estos son los que nos han de sacar de ahogos, ¡pobre España!—Volví del

diablo, saltó una *España* que estaba al abrigo de un canto ministerial. Vosotros habiais de ser los que me hiciérais salir de mis casillas. Y se tiró á ellos como una piedra. Vosotros, que para maltratarme á mí habeis ido á una con el Progreso.—¿Pues acaso necesito yo de la ayuda del vecino para ponerte de ropa de pascua? dijo un *Progreso*, á quien se le estaba haciendo una sangre mas negra que un tizon; y se fue á ella echando *chispas*.—¡Mire vd. la señora! despues que está abarraganada con el gobierno! Lleve el diablo tu gobernamentabilidad.—Poco á poco con esas espresiones, señor mio, que tienen una alusion determinada, aunque implicita; la gobernamentabilidad es esclusivamente mia; *c' est á moi*; y si vd. es caballero de honor, en el campo estamos; la agresion de vd. no puede dejar de herir mi susceptibilidad, que en nada cede á la de *Bugeaud* ni á la de *Boinwillers*. Sirvanos de modelo el suceso reciente de Perpiñan y sostenga vd. en caballeroso duelo la provocacion.—El que así se explicaba era un *Correo Nacional*.—Sobre todo (añadió), á mí no hay que enseñarme el *Castellano*.—Ni menos á mí el *Correo Nacional*, dijo atufado un *Castellano*, que á todo estaba. Buena diueta es la *Gaceta*.—Tan bueno como otra cualquiera, respondió una *Gaceta* que hasta entonces habia estado distraida contando á un pastor la vida del papa Gregorio VII.—Y á su vez escuchieron otras *Gacetas* y otros *Castellanos*, y

por último enredáronse *Gacetas y Castellanos, Castellanos y Correos, Correos y Progresos, Progresos y Españas, Españas y Nosotros, Nosotros y Ecos, Ecos y Mundos, Mundos y Demonios*, y sobre si estos nos salvaban, si los otros nos perdian, si eran peores estos, si no eran tan malos como los otros, si todos eran peores, se armó una pelotera que era una compasion ver como se golpeaban. Tan pronto estaban unos debajo, como caian otros, y se plantaban los primeros encima y volvian á sobreponerse los segundos, y todos andaban arañados, y nadie vencía de una vez, ni daban esperanzas de ello.

Entonces el Fr. Gerundio que había acudido á ver la contienda, llamó á sus compañeros diciendo: dejad esas confesiones con Satanás y venid á ayudarme á poner paces. Acudieron todos, y tomando la voz una coleccion completa de capilladas «haya paz, hermanos, les dijo; haya paz; paz os prediqué desde el principio, y paz os predico ahora. ¿Lo veis como ninguno de los partidos porque os peleais es bastante fuerte para vencer al otro? ¿Lo veis como no haceis mas que caer y levantar, y maltrataros lastimosamente y haceros cada vez mas débiles, desangrándoos uno á otro? Y si uno á otro no podeis venceros de una vez, ¿cómo habeis de resistir al enemigo de los dos, que acaso es mas poderoso que cada uno de vosotros separado? Y si unidos lo podeis vencer, y de no vencerle habeis de perecer entrambos, ¿cómo

sois tan necios que no os amalgamais para asistirnos mutuamente con la fuerza que tanto os es necesaria? ¿Creéislo imposible? Pues Fr. Gerundino. Perdonaed, hermanos, si la boca de un humilde fraile, mínimo entre los periodistas, se atreve á indicaros un medio, el único quizá que se encuentra ya.

Repeled de cada uno de vuestros partidos los hombres que les han desacreditado por falta de pureza y probidad, de justificación y de buena fe. Lanzadlos de entre vosotros, y hasta pedid que en pública expiación sirvan de imponente ejemplar al que quisiera imitarlos. Inscribid á las puertas del templo del poder y haced que se cumpla la saludable sentencia que se leía en el pórtico del de Apolo en Deifos. *Ninguno entre aquí que no tenga las manos puras. Y aun añadid vosotros: y ninguno saldrá impunemente si no sale con las manos puras.*

Probidad, pureza, buena fe; hé aquí las virtudes que de consuno habeis de buscar en los hombres, á quienes haya de encomendarse el poder. Raras son ya por fatalidad; pero aun se encontrarán. No reparéis en el color, porque el hombre de bien es tolerante, es justo, no es perseguidor. Hombres que digan: «si yerro de buena fe, digno seré de perdon; si tengo la debilidad de mancharme, lo sangre de mi cabeza deberá limpiar la mancha.» Si estos hombres rodeáran el trono de la inocente Isabel, si todos les auxiliáramos respec-

tivamente y de *buena fe* con nuestras respectivas fuerzas.... solo así pudiéramos consolidar su trono y nuestra libertad. De otro modo.... oídme todos, hermanos; de otro modo.... NO.

El conductor que oyó decir, *oídme hermanos* volvió la cara temiendo si el *Rondeño* con los otros confesores le iría otra vez á los alcances; y viendo la sementera de cartas, «toma, toma, dijo; por dónde anda esta gente» Volvió atrás, se apeó, ató el rocín, cogió el saco, empezó á recoger epístolas y periódicos, embutiólos en el saco todos revueltos, atóle con un bramante, é informado por los pastores de que era Fr. Gerundio el que había dado aquellas voces, volvió á montar, chasqueó la tralla, apretó las espuelas y iba que ahumaba por aquellos campos de Dios diciendo: «maldito fraile que guna de predicar en todas partes! Mas le valía dar una buena capillada á la compañía de diligencias, que sin saber por qué ley ni con qué derecho, se ha tomado á su cargo llevar la correspondencia de algunas carreteras y trata de llevarla en todas, al solo cuidado de un mayoral, y dejando cesantes una porcion de conductores, despues de cinco años que llevan como yo andando por estos confesonarios, siempre con el *Credo* en la boca. Si un hombre en su caballo y sin mas cuidado que el correo no puede librarse de mil peligros, cómo se ha de librar un mayoral que tiene que cuidar de un coche y de los viajeros que van en él, sin poderse separar

del camino aunque vea que le van á acometer los facciosos y ladrones? Ya verá el fraile mismo si el ir las capilladas al cargo de un conductor es lo mismo que ir al cargo de un mayoral de diligencia.

Y aquí se acabó el cuento del Confesionario. Si en algo he faltado á la verdad, Dios me perdone.



LAS FERIAS DE MADRID.



PRIMERA PARTE.

Las ferias de Madrid son á las demas ferias de España lo que Madrid á los demas pueblos; es decir, no se parecen en nada. Las calles de la corte en estos días representan la imagen de la naturaleza decrepita, de la naturaleza estropeada. Cada plazuela es un gabinete anatómico de trastos viejos, en donde se ven mutilados por la cuchilla del tiempo y por la sierra del uso todos los muebles del servicio doméstico, y hacinados sus miembros palpitantes sin orden ni concierto. Sobre las piernas de un catre contemporáneo del Arcipreste de Ita descansan los brazos de la silla en que dormia sus ligeras siestas el Cid Rui Diaz de Vivar. Los pies de la mesa de un escribano que se recibió el año de la Correccion Gregoriana estan pisando una cruz que no parece sino que estuvo en el sitio de More-

lla, y perdió un brazo y la mitad de otro. Las manos de un Cristo que acaso estuvieren clavadas en aquella cruz estan sobre una silla de montar sin arzon y sin fustes, y la cabeza no sé si de aquel mismo Cristo ó de otro está cubierta por una gorra de cuartel del tiempo de los realistas. Sobre un sofá de tres pies, supliendo la falta del cuarto un tajo de picar carne, se ven en amistosa tertulia una cascaca de Carlos el Hechizado, una pistola sin llave, un niño Dios, una cobertera, una Sta. Rita de bulto, unas botas de montar, una libreta de música, un guante de lana encarnada, un cuchillo de monte, la tapa de una almohadilla de coser, una lesna de zapatero, una geringa, el armazon de un paraguas, una pierna de pantalon, una camisita de niño, una corona de espinas, un cazo y dos peroles, un escudo del Carmen, las cerdas de un arco de violín, una lanceta, un zapato sacerdotal con eyilla, y otro de señora de tabinete viejo sin galgas, una aceitera, dos palmas rizadas, unos postizos, una caña de pescar, un san Ambrosio de yeso, y otras mil y mil zarandajas en envidiable y cariñosa fusion. Un S. Juan Bautista que estaba desnudo se vió acometido de once mil chinches que salian de las hendiduras del sofá, y por huir de ellas se metió en un orinal desportillado, que aunque tapado con un retrato de Felipe V cabeza abajo, dejaba todavia una brecha abierta por retaguardia.

No es menos admirable el orden y colocacion de los cuadros y pinturas. Está uno mirando un

respetable capuchino en el acto de dar la comunión á una docena de devotos; se levanta aquel, y debajo se vé una Venus saliendo del baño. A la Reina Amalia la hacen estar viendo una corrida de toros todo el día de Dios; cosa que aborreció siempre la buena señora; y al picador Sevilla le han colocado en tal disposicion que parece que va á sacar un ojo con la vara á un Martínez de la Rosa de cuerpo entero, acaso para que vea con el que le quede las consecuencias de una fusion de elementos heterogéneos. Me llamó la atencion un lienzo rasgado en que se veia un san Martín á caballo, le faltaba la capa; me eché á buscarla por allí y la encontré en un rincón tapando á un soldado desnudo que estaba de centinela. A la Reina Cristina la hacen estar entre unos ladrones que se reparten el fruto de sus rapiñas; y al lado de Isabel II en su trono han puesto á Cabrera y el cura Merino; como si un día hubieran de ser consejeros de la corona de resultas de alguna boda de transacion. Pobres de nosotros entonces, dije yo cuando lo ví: si no fuera que no se puede hacer caso de transaciones de tiempo de feria, sería uno capaz de echarse á llorar.

Otro día habrá mas ferias.

